

ciones que veinte siglos vienen repitiendo: *¡Hic est Christus!* Ciego, no ve que la Cruz es la antorcha que ilumina las tinieblas y la bandera que ondearía sobre la ciudadela de Salem, para cobijar a todos los descendientes de Abrahán, Isaac y Jacob.

Examinando, además, las internas aspiraciones del pueblo judío, se le notan ansias de algo. Es pueblo maldito, pero no muerto; sueña con una monarquía israelita; planea el restablecimiento de su poder; acaudala oro y plata para su llorado templo; se hace temer por su valer financiero y hay una galvanización misteriosa. ¿Será llegado el tiempo en que las hijas de Sión sean capitaneadas por la Nazarea Miriam y entren en los atrios del templo del Señor cantando himnos de amor y arrepentimiento? ¿Recogera Dios los residuos de su antiguo pueblo para reintegrarlos al verdadero pueblo de la fe y del Hijo de David, Cristo, que murió también por sus verdugos y asesinos? El alma amante de Dios, y aun el católico que penetra en los secretos de la divina Providencia, no puede resignarse a que el pueblo judío sea un eterno Ahasverus o Cartaphilus, que marche por el mundo maldiciendo al Cristo de la Cruz y al Cristo del Sagrario.

Menos aún se puede resignar el archicofrade que ama a María, flor de Judea y lirio de Nazaret; sino que dirá también: *Et pro perfidis Judaeis!* Señor, te pido también por los pérfidos judíos, para que algunos, o muchos, o todos, miren al Masías y a su Madre. Si los llegan a mirar, quedarán prendados de su hermosura.

DÁMASO FUERTES, C. M. F.



IMPORTANTE

Con mucho gusto accede esta Administración a dar facilidades para el pago de las obras que se venden en la misma.

Al hacer el pedido indíquese las condiciones en que desean hacer el pago y tengan la seguridad de que serán aceptadas, siempre que los peticionarios sean sacerdotes.